

## CAPÍTULO 1

# *Un día más en el paraíso*

La vida se vuelve valiosa y más especial para nosotros cuando buscamos los pequeños milagros cotidianos y nos emocionamos ante el privilegio de ser, simplemente, humanos.

TIM HANSE

¿Has experimentado alguna vez cómo todo se vuelve cristalino y te sientes colmado por una calma tan grande y una lucidez tan clara que nada ni nadie podrían derribarte? Pues bien, así es exactamente cómo me sentí el día en que supe que iba a morir; pero ya llegaremos a esta parte de mi vida: por ahora, esta es la historia de la joven Mary.

Cuando recuerdo mis primeros años de vida, mi cuerpo alberga sentimientos lejanos de alegría, diversión, risas y amor. Apenas tenía yo unas semanas cuando una familia de clase trabajadora tradicional, formada por cuatro miembros —el padre, la madre y sus dos hijos—, nos acogió a mí y a mi hermano, quien entonces tenía dos años. Mi madre y mi padre de acogida se las arreglaban para llegar a fin de mes y sacar adelante a su nueva familia numerosa.

Me bautizaron con el nombre de Mary, pero mis padres de acogida me apodaron Missy (en inglés, ‘señorita’) porque, a medida que crecía, me fui volviendo mandona, extrovertida, segura de mí misma y muy presente. Me cuentan que me conocía todo el barrio: los vecinos, los policías locales, los tenderos y los profesores de la escuela de mi hermano. Al parecer, me veían a menudo empujando un cochecito de juguete en el que montaba a Joseph, uno de nuestros gatos y mi compañero de juegos (no sin antes disfrazarlo con mi ropita, ¡Dios sabe cómo lo soportaba la pobre criatura!).

Según mi madre de acogida, yo era muy parlanchina, y cuando no ayudaba a mi padre en el huerto, conversaba con alguna de nuestras

mascotas peludas, varios gatos, una gallina llamada Hilda, un gallo joven llamado Danny, dos perros, dos conejos, dos patos (Susan y Thomas) y el burro Joseph (¡nos gustaba este nombre!). Rescatamos al burro Joseph de un campo cercano después de que mamá viera cómo lo maltrataban. Cuando los animales se hartaban de mí, me asomaba a la escalera que mi padre improvisaba junto a la valla del jardín y me ponía a hablar con el vecino.

Cuando le pregunto a mi madre de acogida sobre mi personalidad durante mis primeros años de vida, me cuenta que siempre iba a lo mío; era un espíritu libre y salvaje —siempre curiosa y preguntado el porqué de las cosas. Al parecer, de mayor quería ser abogada o actriz; no tengo ni idea de dónde saqué lo de convertirme en actriz, pero lo de abogada debió de ser por mi tendencia a expresar aquello que pienso y a impedir que la gente actúe mal. ¡No he cambiado nada!

Mi madre de acogida cuenta varias anécdotas divertidas sobre mí que demuestran lo testaruda (o, mejor, lo determinada) que llegaba a ser. En una ocasión, el párroco de nuestra iglesia vino a tomar el té en casa y, al sentarnos a la mesa, le dije que la bendijera rápido porque me moría de hambre. Él me respondió que debía ser paciente, que era importante agradecer a Dios los alimentos antes de tomarlos. Sin embargo, yo no podía esperar, y solté: «¿Por qué no bendice los alimentos de los demás, y yo bendigo los míos cuando termine? ¡Entonces estaré aún más agradecida!». Mientras el párroco bendecía la mesa, yo ya estaba poniéndome las botas; luego ¡volvieron a bendecir los alimentos especialmente para mí!

Llevábamos a mi hermano al colegio todas las mañanas y yo corría por el patio como si fuera mío. Un día el director me pilló jugando en la zona de césped; me llamó, apuntó con el dedo un cartel y me dijo: «Mary, ¿qué pone ahí?».

Respondí: «Alumnos, no pisen el césped, por favor». (Mamá me había enseñado a leer a una edad muy temprana).

Y él: «Exacto. Por tanto, ¿por qué corres por el césped si está prohibido?».

A lo que yo repliqué: «¡Porque no soy una alumna!», y volví al césped. ¡El director le dijo a mi madre que estaba deseando que me matriculara en la escuela! Desafortunadamente, eso nunca sucedió.

Nunca he llegado a comprender cómo o por qué las cosas fueron como fueron, solo sé que un día mi hogar estaba con mi familia de acogida y al siguiente, ya no. Me han contado varias versiones sobre cómo volvimos con nuestros padres biológicos: algunas aseguran que yo fui primero y luego se incorporó mi hermano tras varios fines de semana de prueba. Mi hermano cuenta que cuando mi padre fue a recogerlo en el coche, le dijo que no llorara ni mirara atrás. Es fácil imaginar cómo debió de sentirse: apenas tenía siete años. Yo tenía cinco y no recuerdo nada de aquellos acontecimientos.



EDITORIAL  
DIENTE DE LEÓN